



Alex Garate (*)

Llullaillaco montaña sagrada

■ Espectáculo de luces en el Ojo de Mar, particular formación salina junto a Tolar Grande

EN su cumbre, a 6739 m, tuvo lugar la culminación de uno de los rituales sagrados de mayor importancia en la tradición incaica, la *capacocha*. Según la cultura andina las montañas son lugares de encuentro con los dioses y en señal de agradecimiento por los frutos recibidos de la madre tierra se ofrecen allí a las divinidades los bienes más valiosos.

En este caso, la ceremonia puede haber ocurrido durante el reinado del Inca Yupanqui (1471-1493). Una niña de seis años, un niño de siete y una joven doncella de quince, probablemente hijos de las jerarquías sociales de comunidades vinculadas al imperio, los más bellos y queridos, fueron entregados en vida a los dioses y, junto a ellos, una colección de más de cien piezas de exquisita artesanía, con la más fiel representación del universo social y económico de su cultura.

(*) Alex Garate (Elgoibar, 1968). Euskal Herriko, Pirineotako eta Picos de Europako mendietan asko ibili ondoren, Argentinako Córdoba bizi izan da 1991tik honako urte gehienak. Andeatoko goimendi ugari igo ditu: Aconcagua (hiru aldiz), Ojos del Salado (lau aldiz), Pissis (bi aldiz), Bonete, Tres Cruces, Llullaillaco, Walter Penck, Incahuasi, Cerro ATA, Nacimiento, Ramada, Alma Negra, Cerro Plata, Vallecitos, Rincón, Huayna Potosí, Condoriri eta beste batzuk. Pissiseko hegotik iparrerako lehen travesía eta Ojos del Salado - Nacimiento lehen travesía egin ditu. AAGMko (Asociación Argentina de Guías de Montaña) Guía de Montaña de Altitud zertifikazioa du eta 'Mendiak eta Herriak' en gidari lanak egin ditu Argentinako Andeeetan.

"Se conocieron en Cuzco durante las ceremonias. Hace tanto tiempo. Ella ya no podría decir cuánto. Quizá un año entero. Desde aquellos días siempre estuvieron de viaje. Siempre juntos. Recorrieron caminos interminables; valles, desiertos y montañas. Siempre con este grupo de sacerdotes y acompañantes. El recuerdo de su familia se está borrando de su memoria. Él fue su compañero en este viaje a la gran montaña. Algunos días de descanso, aliviados del rígido protocolo, pudieron jugar juntos. Finalmente llegaron los días más difíciles. Están en la gran montaña y el frío intenso determina todo lo que sucede. Desde ayer están en la cumbre. Todos saben que los enormes esfuerzos realizados llegan a su final. Los dioses esperan. Está amaneciendo. Ella tiene seis años. Quiere verlo a él, sabe que descansa muy cerca. El tiene siete y acaba de morir."

En marzo de 1999, tras un exhaustivo trabajo de excavación dirigido por el antropólogo estadounidense Johan Reinhard, son descubiertos y desenterrados los cuerpos de los tres niños, momificados naturalmente, junto a su ajuar funerario. Como consecuencia del impacto de un rayo, la niña presenta algunas quemaduras en la piel. Todo ello, en un estado de conservación asombroso, puede ser hoy contemplado en el MAAM (Museo de Arqueología de Alta Montaña) en la ciudad de Salta, Argentina.

■ Socompa, un largo viaje

El volcán Llullaillaco (6739 m) es la séptima altura de América y sin duda la más aislada de las grandes montañas. Así mismo se trata del seismil quinientos más al norte del territorio argentino, altura máxima de la provincia de Salta, situado sobre su frontera con Chile.



■ San Antonio de los Cobres. En el centro de la imagen la estación y el tren de las nubes. Al fondo el Nevado Acay



FOTO: CORTESIA MAAM

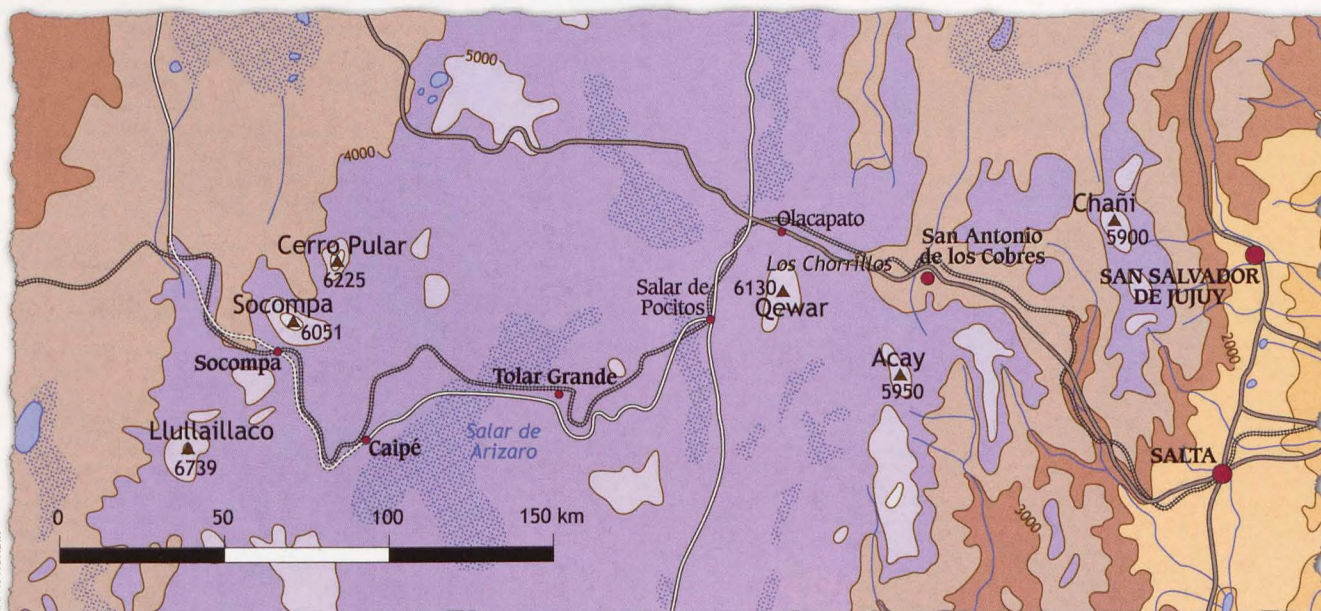
■ La niña del rayo

laderas del Llullaillaco han superado nuevamente mi capacidad de asombro.

Partiendo de la capital salteña, el primer destino es San Antonio de los Cobres (3780 m), localidad emblemática de la geografía argentina de montaña; gente hospitalaria, alegre y extrovertida. La carretera, en gran parte asfaltada, se extiende por 164 km y remonta la quebrada del río Toro siguiendo el mismo trazado que el viejo Ferrocarril General Belgrano.

Inaugurado en febrero de 1948, el histórico tren cruzaba la cordillera hasta Chile tirado inicialmente por máquinas a vapor. El auge de la minería justificó la enorme inversión. Los altivos puentes de estructura de hierro y el trazado mismo de la línea férrea, son merecedores de una visita. Ahora, cinco o seis coloridos vagones del *Tren de las Nubes*, ocupados por turistas seleccionados por su buena billetera, son tirados una vez por semana, los sábados, por una máquina diesel. La excursión, de ida y vuelta, dura todo el día. El lento traqueteo conduce a los turistas hasta San Antonio y después, a pocos kilómetros, hasta el viaducto La Polvorilla, el más alto de los puentes, 70 metros de altura a 4200 m sobre el nivel del mar.

Por años he tenido oportunidad de recorrer vastos territorios andinos del norte argentino, especialmente en las provincias de San Juan, La Rioja y Catamarca, y he dado cuenta de enormes desiertos de gran altura, lugares inhóspitos, paisajes únicos, inacabables y casi desprovistos de toda forma de vida. Sin embargo, debo reconocer que la enorme extensión cordillerana de esta provincia, y particularmente el camino recorrido desde su capital, Salta *la linda*, hasta las



Dejaremos atrás San Antonio de los Cobres para recorrer algo más de 200 km de ripio hasta Tolar Grande. El sinuoso trazado supera el alto Los Chorrillos (4560 m) y del otro lado nos adentra en territorio del altiplano; geografía determinada por los salares, tierra ocre de sal, universo plano como la superficie de un mar interior. La imponente monotonía del trayecto queda enmarcada en el horizonte por las siluetas sugerentes de los nevados Acay (5950 m), Qewar (6130 m) y Chañi (5900 m). El trayecto cruza en ocasiones las vías del tren, alguna aldea minúscula (Olacapato, Salar de Pocitos) y algún punto de explotación minera. Más adelante la carretera cruza la Sierra de Calalaste sorteando extraños cerros colorados, la cuenca del *desierto del diablo*, las *siete curvas* con sus rebuscadas formaciones y por fin Tolar Grande.

Me resulta difícil concebir la vida, una rutina diaria, verano e invierno, en un lugar tan inhóspito y aislado como este. Sin embargo, los cerca de 200 habitantes de este pueblo dan muestra de satisfacción y bienestar. Son amables y alegres y tienen la difícil virtud de hacer que nosotros, extraños turistas venidos de quién sabe dónde, nos sintamos cómodos inmediateamente. Municipalidad, escuela, polideportivo, capilla, centro de salud, policía, albergue y alojamiento para visitantes; todo da cuenta de una disciplinada organización y una generosa asistencia estatal que convive con la propia organización comunitaria, en su condición de pueblo originario, representado por su cacique, Julio Cruz.

Ellos son la herencia viva de la América andina secular. Nietos de aquellos hombres y mujeres que hace casi 500 años entregaron todo su esfuerzo para honrar a sus dioses y civilizaron esta geografía tan difícil. En un mismo acto de enorme esfuerzo colectivo, la *capacocha*, humanizaron y sacralizaron el Llullaillaco, dejando en su cumbre testimonio de todo lo más valioso de aquella sociedad. Son estos hombres y mujeres de hoy los que, a través de la voz de Julio, expresan su dolor y humillación por haber visto aquel tesoro que fuera depositado en la cumbre, niños y ajuar, viajar desde la gran montaña a la gran ciudad, Salta capital, pasando ofensivamente por la misma puerta de sus casas.

De nuevo en marcha, durante la tercera jornada, los vehículos 4x4 son los que hacen el trabajo y decidirán sobre el éxito de nuestro empeño. Desde Tolar Grande seguimos rumbo a Socompa, punto fronterizo con Chile. Cruzaremos de costa a costa el salar de Arizaro, el mayor de toda la cordillera argentina. Dentro de nuestro habitáculo sobre ruedas, la música, la merienda, los mates, las indicaciones del GPS y el asombroso confort de estas naves del tercer milenio, apenas mitigan un poco la sensación sobrecogedora de estar peligrosamente en un territorio de dimensiones sobrehumanas y de difícil supervivencia.

■ Siguiendo la ruta arqueológica

A mediodía abandonamos el trazado de la carretera a Socompa y tomamos la huella que se dirige directamente al pie del Llullaillaco. Aquí disfrutamos de la primera imagen completa de la montaña de nuestros anhelos y honramos el momento con algunas fotos. Antes de que anochezca montamos nuestro campo base junto a las ruinas del cementerio inca (4915 m). Es el punto de partida de la ruta de ascenso más habitual y coincide casi íntegramente con la ruta de ascenso elegida por aquella comitiva sagrada.

En este cementerio se encontraron los restos de 16 personas. Seguramente fueron parte de los trabajadores de élite que acondicionaron la montaña. Construyeron el tambo, a dos o tres kilómetros al oeste de este mismo cementerio; centro de operaciones de aquella primera gran expedición. En tres lugares más de la ruta de ascenso levantaron habitaciones-refugio aptas para albergar a decenas de personas. Prepararon el sendero que conduce hasta la cumbre. Construyeron dos habitaciones también techadas en la cima (para ser exactos, escasos metros más abajo sobre la arista cimera) y prepararon el santuario ceremonial a pocos metros de esa habitación doble, la plataforma donde serían después entregados a los dioses las ofrendas que llegaron de Cuzco.

El Llullaillaco no presenta dificultades técnicas para su ascenso por ninguna de sus vertientes. Esta, la ruta normal o arqueológica, asciende desde el ENE, junto a un pronunciado

■ Sector conocido como Desierto del Diablo. Camino a Tolar Grande





■ Viaducto La Polvorilla

espolón que desciende hacia el este. Es probablemente la ruta más accesible y sencilla en cuanto a la inclinación de las laderas y la posibilidad de seguir un trazado en suave zigzag para superar el largo acarreo que conduce hasta el abra o collado en lo alto del espolón, a 6550 m.

Dependiendo de la época del año, la mayor complicación puede ser la escasez, o incluso completa ausencia, de agua. Su nombre, Llullaillaco, parece anticipar esta dificultad; según la interpretación más aceptada *llulla*: mentira y *llaco*: agua. Las grandes montañas andinas, que reciben las lluvias y acumulan nieve, son proveedoras de agua, elemento vital para el desarrollo social y económico. Las vertientes y ríos que nacen en sus faldas son fuentes de vida. Sin embargo, el Llullaillaco contradice esta norma; en contadas ocasiones cubre su piel de blanco y a su alrededor no encontraremos ni el más pequeño curso de agua. El campo base permanece siempre totalmente desprovisto de agua.

En el verano, entre enero y marzo, son esperables algunas nevadas que pueden dejar pequeñas manchas blancas temporales. Probablemente abril sea el mes más indicado para intentar un ascenso sin que sea necesaria la pesada tarea de portear agua a los campamentos de altura. Esa era al menos nuestra expectativa. El pronóstico fue acertado y encontramos nuestra ruta de ascenso salpicada de neveros. La montaña fue benévola con nosotros.

La gran dificultad del Llullaillaco es, naturalmente, su altura y las conocidas consecuencias sobre nuestros organismos. El mayor riesgo sería caer en la imprudencia de minimizar la envergadura de la montaña y los efectos de la misma. Nuestra expedición partió de Salta con cinco integrantes en dos vehículos. Pero un expedicionario sufrió un veloz proceso de edema pulmonar en Tolar Grande y tuvo que ser evacuado inmediatamente por otra compañera quien lo llevó sin mayores consecuencias a Salta.

■ Ascenso a la montaña

Disfrutamos de dos jornadas de ascenso tranquilas. Las primeras pendientes son muy suaves y progresamos sin inconvenientes. Desde hace mucho tiempo leo y miro todo lo que encuentro en relación a los niños del Llullaillaco, las excavaciones y el significado de aquellos rituales. Ahora el silencio, el esfuerzo y la introspección de la marcha me transportan



■ Paseando sobre el viaducto La Polvorilla

una y otra vez cinco siglos atrás. Imagino aquella comitiva numerosa descansando en el tambo, recuperando fuerzas después de meses de viajar a lo largo de más de 1.500 km. En las ruinas del tambo, a 5200 m sobre el nivel del mar, se observan hoy restos de una decena de habitaciones. Imagino la tensión de los últimos preparativos ante la parte más difícil y comprometida de su empresa, llevar aquellos niños hasta la cumbre, hacerlos dormir por efecto, seguramente del alcohol, y enterrarlos vivos.

Pienso en ella, la más joven, de seis años. No sabemos su nombre; la conocemos como la niña del rayo. Las investigaciones sobre los cuerpos encontrados demuestran que gozaban de buena salud y que recibieron abundante y rica alimentación hasta sus últimos días. Sospecho que no habrán sido indiferentes a la tensión de estos días previos, frente a la dificultad del ascenso y la proximidad de la cumbre. Imagino los últimos momentos, las escenas en la cumbre y mi imaginación completa lo que no encontré en los libros.

"Su cuerpo menudo, plegado sobre sí mismo, está ahora envuelto en un manto marrón y sostenido con varias vueltas de soga. Su compañero de viaje y de juegos. Ella, inmóvil, lo mira, no pestañea, pero no puede ver su cara, oculta bajo el manto. Todos cuidan de ella, de su pelo, de su ropa. Le ofrecen de comer y de beber, con reverencia y en silencio, con gestos de aliento y compasión. Deben abandonar la protección de estas cuatro paredes y salir al exterior, donde el frío se vuelve difícil de soportar."

Establecemos nuestro segundo campamento de altura a 5870 m, junto a una pequeña cuenca en un hombro del espolón este. El lugar es perfecto, encontramos rastros de anteriores campamentos. Alguna roca grande y pequeñas pircas (parapetos de piedra) ofrecen protección contra el viento. De nuevo las condiciones del clima y la montaña nos facilitan la tarea. Hay varios manchones de nieve y la pequeña cuenca está ocupada con agua y hielo. Es la laguna helada del Llullaillaco. Otra compañera ha tenido que desistir y ha regresado al campo base. Quedamos dos miembros del grupo inicial. Lo antes posible nos disponemos a descansar y dormir.



■ Primeros pasos sobre la ruta arqueológica

■ Última jornada

A las 4:00 am salimos de la tienda. La noche está despejada y serena. La luna, menguante, nos va a permitir caminar sin linterna hasta que su luz pálida sea paulatinamente reemplazada. Llevamos casi cuatro horas de esfuerzo cuando el tibio calor del sol alivia los fríos de la noche. El ascenso se nos hace más pesado de lo que esperábamos. La pendiente es cada vez más pronunciada y el terreno es constantemente de acarreo; la piedra está suelta, debemos medir cuidadosamente cada pisada para que el apoyo no se venga abajo y aun así tropezamos con frecuencia. Las fuerzas se consumen demasiado rápido y la paciencia se agota. Me pregunto si aquellos antiguos trabajadores de esta montaña lograrían trazar un sendero en este acarreo interminable. Nosotros encontramos solo pequeños rastros. Pensar que dos personas carguen con una tercera sobre este terreno me parece imposible. Aquellos tres niños, ¿subirían por su propio pie?

Empezamos a ver trozos de madera. Leños largos que en su momento marcaban los ángulos del camino o bien formaron parte de los techos de las construcciones que están más arriba. Al mediodía, después de casi ocho horas de pesado acarreo, llegamos al abra en lo alto del hombro del espolón. Es el punto exacto donde están los restos de tres amplias habitaciones. Nos encontramos a 6550 m. Las paredes son sólidas y anchas, de doble fila de piedra, al estilo incaico y de hasta 2 m de alto. De los techos solo quedan numerosos leños repartidos por los alrededores.

Descansamos. Desde aquí se observa perfectamente la zona de la cumbre y del sitio ceremonial y un sendero perfectamente diseñado, también incaico, que asciende por entre los manchones de nieve. Quienes durmieron aquí aquella última noche seguramente pudieron llegar a la cumbre en muy poco tiempo. Nosotros estamos muy cansados y nos parece todavía muy lejos. Cuando reemprendemos el camino mi último compañero decide no seguir, no puede más y se quedará aquí a esperarme. No estaba en mis planes seguir solo a la cumbre. Le saludo, miro a las tres habitaciones, miro hacia arriba. Comienzo a recorrer el sendero.

"Ella mira hacia abajo. Es el camino que recorrieron ayer. Algunos hombres suben; son los últimos en llegar. Mira a su izquierda donde se reúnen los sacerdotes y todos los acompañantes. Solo el viento rompe el silencio. Alza su brazo y encuentra una mano grande y firme que la ayuda a caminar. Todos los pasos se dirigen hacia el mismo lugar. Delante de ella camina un hombre. En sus brazos lleva al niño inerte; parece más pequeño que cuando caminaban juntos. Todo se mueve muy despacio, con paso solemne, como queriendo demorar lo inevitable. Detrás les siguen otras personas. Con ellas viene la joven virgen."

El tiempo parece estirarse infinitamente. Avanzo completamente ensimismado. Inesperadamente el sendero termina y llego a la arista; me encuentro con la habitación doble. Todo está exactamente como lo había visto en los libros. Aun hoy es la construcción humana más alta del mundo. Me invade una fuerte emoción y tengo que sentarme. Observo todo y tomo fotos desde todos los ángulos. El silencio es completo.

"Ella está en pie igual que todos. No escucha nada, solo observa paralizada cómo introducen el cuerpo del niño en el interior de la montaña. El bulto marrón desaparece de la vista. Después cuidadosamente, depositan las llamas y vicuñas en miniatura de valva, oro y plata, las sandalias, chuspas con maíz, charqui y coca, hondas de lana, conchas, las estatuillas, masculinas y femeninas, vestidas con túnicas decoradas y ribeteadas, fajas, tupus de plata, tocados de plumas de todos los colores..."

A la izquierda de la habitación doble está la cumbre. Hay que ascender una torre de bloques de roca. Bloques con los que levantaron estas construcciones. Pisar el punto más alto, dejar una firma en el libro y tomar la foto de cumbre es, en el Lullaillaco, poco más que un trámite de montañero.

"Los gestos y las oraciones de los sacerdotes concentran la atención de todos, que observan respetuosos desde los cuatro costados del rectángulo ceremonial. Se vuelven a cerrar las entrañas de la montaña, con el niño y su ajuar dentro."

Mi compañero me espera y no quiero demorarme. Van a ser mis últimos instantes en este lugar sagrado. Quiero llegar al santuario. Desciendo los bloques. Mis pasos son lentos.

"Quedan dos agujeros; dos grandes bocas abiertas. Es el turno de ella. Sus ojos, también abiertos, miran a la mujer que sostiene su mano alzada. Avanzan dos pasos hacia el centro de la ceremonia. Ella mira alrededor muy lentamente. Silencio, miradas que huyen, caras entumecidas por el frío."

Las imágenes de los niños siguen ocupando mis pensamientos. Desde la habitación doble un sendero recorre la arista cimera hasta la plataforma. Son unos pocos metros. Estoy en pie, en el borde de este rectángulo, inmóvil, conmovido y mirando la superficie vacía.

■ Laguna helada, Campamento 2 y cumbre del Lullllaillaco

"Las oraciones no se detienen. Ella encuentra un rostro que la mira y se tranquiliza. Vuelve a tomar aire. El sacerdote se acerca y aproxima la copa a su boca. Los ojos opacos del sacerdote. Ella gira otra vez la vista a esos otros ojos apaciguadores. La copa se apoya en sus labios y toma del líquido sagrado." □

FOTOS DEL AUTOR



■ Una de las dos habitaciones en la cumbre del Lullllaillaco

FICHA TÉCNICA

Situación: Andes de Atacama (Salta, Argentina)
Historia: Primeros ascensos: habitantes del Tawantinsuyo (estado inca) entre 1470 y 1533
Primer ascenso moderno y descubrimiento del santuario (1/dic/1952): Bión González y Juan Harseim (Chile)
Primeros estudios arqueológicos (entre 1958 y 1961): Mathias Rebitsch (Austria)
Extracción de las momias y el ajuar (mar/1999): equipo dirigido por Johan Reinhard (Estados Unidos) y Constanza Ceruti (Argentina)
Información: Ceruti Constanza (2003), *"Lullllaillaco, sacrificios y ofrendas en un santuario inca de alta montaña"*, Universidad Católica de Salta, Argentina, tesis doctoral.
MAAM, Museo de Arqueología de Alta Montaña (2009), libro de difusión, www.maam.org.ar
www.christianvitry.com Montañista y Antropólogo especializado en arqueología andina de alta montaña

Biggar J, *"Los Andes"* Ed Andes, Castle Douglas, Escocia, 2007.

Almaraz G. *"Andes +6500. Guía de ascensos"*, de próxima edición

Scanu M, *"Las montañas más altas de América"*, Pyreñaica 165, 1991.

Garate A y Lalueza J, *"Puna de Atacama, el Himalaya de los volcanes"*, Pyreñaica 236, 2009.

Participantes: Alex Garate con los argentinos Cristian Mur (6550 m), Claudia Cardozo (2ª jornada de ascenso), Javier Galetto y Verónica Oltvo en abril de 2011.

Aclaración: Después de escribir este relato, incluyendo lo que agregó mi imaginación, supe, por comunicación personal con Christian Vitry, que según la interpretación más razonable de los datos de las investigaciones, se supone hoy que los tres niños del Lullllaillaco no fueron sacrificados juntos sino en momentos y ceremonias diferentes, probablemente en años diferentes.